

París por la mayor ó menor languidez del país adonde se retira. En España é Italia la disminucion del movimiento y la progresion de la muerte son menos sensibles: en el primer país llaman la atencion otro pueblo, otro mundo, los árabes cristianos: en el segundo, el encanto del clima y de las artes, la seducion de los amores y de las ruinas, no dejan tiempo para aburrirse. Pero en Inglaterra, á pesar de la perfeccion física, y en Alemania, á pesar de la moralidad de los habitantes, se siente uno desfallecer. En Austria y en Prusia pesa el yugo militar sobre las ideas de uno como el cielo sin luz sobre vuestra cabeza: no sé qué cosa hay que advierte que no se puede escribir, hablar ni pensar con independencia; que es preciso segregarse de la existencia toda la parte noble, y dejar ociosa la primera facultad del hombre, como un don inútil de la divinidad. Como las artes y la belleza de la naturaleza no vienen á engañar las horas de uno, no queda mas recurso que sumergirse en una torpe disipacion ó entregarse á esas verdades especulativas con que se contentan los alemanes. Para un francés, ó al menos para mí, ese modo de existir es imposible; sin dignidad no comprendo la vida, que hasta es difícil comprender con todas las seducciones de la libertad, de la gloria y de la juventud.

Sin embargo, una cosa me encanta en el pueblo alemán: el sentimiento religioso. Si no estuviese demasiado cansado, dejaria la posada de Nittenau, donde hago los apuntes de este diario, é iria á la oracion de la tarde con esos hombres, esas mujeres y esos niños á quienes llama á la iglesia el tañido de una campana. Aquella muchedumbre, viéndome de rodillas en medio de ella, me acogeria en virtud de la union de una fe comun. ¿Cuándo llegará el día en que unos filósofos en su templo bendigan á un filósofo que llegue por la posta, y ofrezcan con ese extranjero una oracion semejante á un Dios acerca del cual están discordes todos los filósofos? El rosario del cura es mas seguro, y á él me atengo.

LLEGADA Á WALDMUNCHEN. — ADUANA AUSTRIACA. — PROHIBICION DE ENTRAR EN BOHEMIA. — PERMANENCIA EN WALDMUNCHEN. — CARTAS AL CONDE DE CHOTEK. — INQUIETUDES. — EL VIÁTICO.

21 de mayo.

Waldmunchen, adonde llegué el martes 21 de mayo por la mañana, es la última aldea de Baviera por este lado de Bohemia. Felicitábame de hallarme en disposicion de cumplir prontamente mi mision: estaba solo á cincuenta leguas de Praga. Sumergíme en el agua helada, y me arreglé, mirándome en una fuente, como un embajador que se prepara para una entrada triunfal. Partí, y á una media legua de Waldmunchen me acerqué con la mayor seguridad á la aduana austriaca. Una barrera bajada cerraba el camino, y bajé con Jacinto, en cuyo pecho resplandecía la cinta encarnada. Un joven aduanero, armado con un fusil, nos condujo á una sala en forma de bóveda de un piso bajo de una casa. Allí estaba sentado á su mesa, como si fuese en un tribunal, un grueso y anciano gefe de aduaneros alemanes, cabellos rojos, bigotes rojos, cejas espesas formando sesgo sobre dos ojos verduscos medio abiertos, aire maligno, mezcla del espia de policía de Viena y del contrabandista de Bohemia.

Tomó nuestros pasaportes sin hablar palabra, y el joven aduanero me acercó tímidamente una silla, mientras que el gefe, ante el cual parecia temblar, examinaba los pasaportes. No me senté, y me acerqué á ver unas pistolas colgadas á la pared y una carabina colocada en un rincon de la pieza, la cual me recordó el fusil con que el agá del istmo de Corinto disparó contra el aldeano griego. Despues de cinco

minutos de silencio, el austriaco ladró dos ó tres palabras, que mi basileo tradujo así:

—No pasareis.
—¿Y por qué no?
—Aquí principiaron las explicaciones.
—No estan vuestras señas en el pasaporte.
—Mi pasaporte es un pasaporte del ministerio de Negocios Extranjeros.
—Vuestro pasaporte es antiguo.
—No tiene un año de fecha, y es válido legalmente.
—No está visado por la embajada austriaca en París.

—Os equivocais, que sí lo está.
—Le falta el sello en seco.
—Será olvido de la embajada: además, ahí está el visto bueno de las demás legaciones extranjeras. He cruzado el canton de Basilea, el gran ducado de Baden, el reino de Wurtemberg, toda la Baviera, y nadie me ha puesto el menor obstáculo. Con solo declarar mi nombre, ni siquiera han desdoblado mi pasaporte.

—¿Teneis algun carácter público?
—He sido ministro en Francia, y embajador de S. M. C. en Berlin, Lóndres y Roma. Soy conocido personalmente de vuestro soberano y del príncipe de Metternich.

—No pasareis.
—¿Quereis que preste fianza? ¿Quereis darme una guarda que responda de mí?
—No pasareis.
—¿Y si enviara un propio al gobierno de Bohemia?

—Haced como gustéis.
Fáltome la paciencia, y principié á dar al aduanero á todos los diablos. Embajador de un rey sobre su trono, poco me hubiera importado perder algunas horas; pero embajador de una princesa aprisionada, me creia infiel con la desgracia, traidor con mi soberana cautiva.

El hombre escribia, y el basileo no traducíamí monólogo; pero hay palabras francesas que nuestros soldados han enseñado al Austria, y que esta no ha olvidado. Díjeme al intérprete: —«Espícale que me dirijo á Praga para ofrecer mis homenajes al rey de Francia.» El aduanero sin interrumpir lo que estaba escribiendo, replicó: —«Carlos X no es para el Austria el rey de Francia.» Yo repuse: —«Lo es para mí.» Estas palabras lanzadas al cancerbero parecieron causarle algun efecto, y me miró oblicuamente y por lo bajo. Creí que su larga apuntacion seria al fin un visto bueno favorable: él por su parte, despues de hacer otros cuantos garabatos en el pasaporte de Jacinto, lo pasó todo al intérprete. Sucedió que el visto bueno era una explicacion de los motivos que no le permitian dejarme continuar mi camino; de suerte que no solo me era imposible ir á Praga, sino que mi pasaporte estaba tachado de falso para los demás puntos en que pudiera presentarme. Volvíme al carruaje, y le dije al postillon: —«A Waldmunchen.»

Mi regreso no sorprendió al dueño de la posada, el cual hablaba algo el francés, y me refirió que lo mismo habia sucedido á otros extranjeros, los cuales se habian visto obligados á detenerse en Waldmunchen y enviar sus pasaportes para ser visados en Munich por la legacion austriaca. Mi posadero, muy buen hombre y administrador de correos, se encargó de trasmitir al gran burgrave de Bohemia la carta, cuya copia va á continuacion:

«Waldmunchen 21 de mayo de 1855.

«Señor gobernador: Teniendo el honor de ser conocido personalmente de S. M. el emperador de Austria y del príncipe de Metternich, habia creído que

podía viajar por los Estados austriacos con un pasaporte que, no contando aun un año de fecha, era todavía válido legalmente, y se hallaba además visado por el embajador de Austria en París para Suiza é Italia. En efecto, señor conde; he cruzado la Alemania, y mi nombre ha bastado para que me dejasen pasar. Esta mañana, sin embargo, el gefe de la aduana austriaca de Haselbach no se ha creído autorizado para concederme el pase, por los motivos enunciados en su anotacion en mi pasaporte, que va adjunto, y en el de Mr. Pilorge, mi secretario, y me ha obligado, con gran pesar mio, á retroceder á Waldmunchen en donde espero vuestras órdenes. Me atrevo á esperar, señor conde, que tendreis á bien remover la pequeña dificultad que me detiene, enviándome por el propio que tengo el honor de expediros el permiso necesario para ir á Praga, y desde allí á Viena.

«Soy con la mayor consideracion, señor gobernador, vuestro muy humilde y obediente servidor.

«CHATEAUBRIAND.

«Perdonad, señor conde, la libertad que me tomo de enviar adjunto un billete abierto para el duque de Blacas.»

Un poco de orgullo se trasluce en esta carta, porque me sentia lastimado. Veíame tan humillado como Ciceron cuando, al volver en triunfo de su gobierno de Asia, le preguntaron sus amigos si venia de Bayas ó de Tusculano. Pues qué, ¡mi nombre, que volaba de un polo al otro, no habia llegado á oídos de un aduanero en las montañas de Haselbach! Cosa tanto mas cruel, cuanto que se han visto mis triunfos en Basilea. En Baviera habia sido yo saludado con el título de monseñor ó de excelencia; y un oficial bávaro decia en voz alta en Waldmunchen que mi nombre no necesitaba del visto bueno de un embajador de Austria. Confieso que estos consuelos eran grandes; pero siempre dominaba una triste verdad, y es que existia sobre la tierra un hombre que nunca habia oido hablar de mí.

¿Quién sabe, no obstante, si el aduanero de Haselbach me conocia! ¡Las policías de todos los países están enlazadas tan íntimamente! Un hombre político, que no aprueba ni admira los tratados de Viena; un francés, que quiere el honor y la libertad de la Francia, pudiera muy bien estar anotado en el Index de Viena. ¡Qué noble venganza la de proceder con Mr. de Chateaubriand como con uno de esos comisionistas, tan sospechosos á los espías! ¡Qué dulce satisfaccion la de tratar como á un vagabundo cuyos papeles no están en regla á un enviado encargado de llevar traidoramente á un niño desterrado los adioses de su madre cautiva!

El propio partió de Waldmunchen el 21 á las once de la mañana, y calculé que podia estar de vuelta á los dos días, el 23, de doce á cuatro; pero mi imaginacion no descansaba. ¿Qué iba á ser de mi mensaje? Si el gobernador es hombre firme y que sepa vivir, me enviará el permiso; si es tímido y sin talento, me responderá que no estando mi petición en sus atribuciones, se habia apresurado á consultar á Viena. Este pequeño incidente puede agrandar y desagradar á la vez al príncipe de Metternich. Sé cuánto teme á los periódicos, y le he visto en Verona abandonar los asuntos mas importantes y encerrarse azorado con Mr. de Gentz para redactar un artículo en contestacion á *El Constitucional* y á *los Debates*. ¿Cuántos días trascurrirán hasta la trasmision de las órdenes del ministro imperial?

Por otra parte, ¿tendrá Mr. de Blacas un placer en verme en Praga? ¿No creará Mr. de Damas que voy á destronarle? ¿No dará ningun cuidado al cardenal de Latil? ¿No se aprovechará el triunvirato del

accidente ecurrido para hacerme cerrar las puertas en vez de hacérmelas abrir? Nada mas fácil: basta una palabra dicha al gobernador al oído, palabra que ignoraré toda mi vida. ¿En qué inquietud no estarán mis amigos de París? Cuando se trasluzca la aventura ¿qué ruido no meterán las gacetas? ¿Qué extravagancias no harán correr?

¿Y si el gran burgrave no tiene por conveniente contestar? ¿Y si está ausente y nadie se atreve á reemplazarle? ¿Qué será de mí sin pasaporte? ¿Dónde podré hacerme reconocer? ¿En Munich? ¿En Viena? ¿Qué maestro de postas me facilitará caballos? Estaré de hecho preso en Waldmunchen.

Ya pensaba en los dragones que me iban á fusilar, y en mi alejamiento de todo cuanto me era querido. Me queda demasiado poco tiempo que vivir para perder ese poco. Horacio dijo: *Carpe diem* (coge el día): consejo del placer á los veinte años, de la razon á mi edad.

Cansado de rumiar todos los casos en mi cabeza, oí el ruido de mucha gente por fuera: mi posada estaba en la plaza de la aldea: me asomé á la ventana; y vi á un cura que llevaba los últimos sacramentos á un moribundo. ¿Qué le importaban á ese moribundo los asuntos de los reyes, de sus servidores y del mundo? Todos abandonaban lo que estaban haciendo y se iban en seguimiento del cura: jóvenes, ancianas, niños, madres con sus criaturas en brazos, repetian las oraciones de los agonizantes. Cuando el cura llegó á la puerta del enfermo, dió la bendicion con el santo Viático. Los asistentes se hincaron de rodillas haciendo la señal de la cruz y bajando la cabeza. El pasaporte para la eternidad no será desconocido por el que distribuye el pan y da albergue al viajero.

CAPILLA. — MI CUARTO EN LA POSADA. — DESCRIPCION DE WALDMUNCHEN.

Aunque habia estado siete días sin acostarme, no pude quedarme en casa: no era mas de la una. Al salir de la aldea por el lado de Ratisbona, vi á la derecha, en medio de un campo de trigo, una capilla blanca, y dirigí á ella mis pasos. Estaba cerrada la puerta, y á través de una ventana se divisaba un altar con una cruz. Sobre el arquitrabe se hallaba escrita la fecha de la construccion, 1830: derribábase una monarquía en París y se erigia una capilla en Waldmunchen. Las tres generaciones desterradas debian venir á habitar un destierro á cincuenta leguas del nuevo asilo consagrado al rey crucificado. Millones de acontecimientos se consuman a la vez: ¿qué le importa al negro dormido bajo una palmera á orillas del Níger el blanco que cae en el mismo instante herido del puñal en las riberas del Tiber? ¿Qué le importa al que llora en Asia el que rie en Europa? ¿Qué le importaba al albañil que construía aquella capilla, al sacerdote bávaro que exaltaba aquel crucifijo en 1830, el demoleedor de Saint-Germain l'Auxerrois, el destructor de cruces en 1831? Los sucesos solo tienen que ver con los que en ellos sufren ó los que de ellos se aprovechan, y nada son para los que los ignoran, ó para aquellos á quienes no alcanzan. Una raza de pastores en los Abruzzos habra visto pasar, sin bajar de la montaña, los cartagineses, los romanos, los godos, las generaciones de la edad media y los hombres de la época actual. Esa raza no se ha mezclado á los habitantes sucesivos del valle, y solo la religion ha subido hasta ella.

De vuelta á la posada me arrojé sobre dos sillas con la esperanza de dormir; pero fue en vano; el movimiento de mi imaginacion era mas fuerte que mi cansancio. Yo no podia olvidar mi despacho, y la comida nada hizo adelantar al asunto. Acostéme en medio del rumor de los rebaños, que volvían del campo. A las diez otro ruido: el sereno cantó la hora: ladraron cin-

cuenta perros, y en seguida se fueron á la perrera, como si el sereno los hubiese dado orden de callar. Reconoció la disciplina alemana.

La civilización ha progresado en Alemania desde mi viaje á Berlin; las camas son ya casi bastante largas para un hombre de estatura regular; pero la sábana de encima continúa cosida á la colcha, y la de debajo, muy estrecha, acaba por torcerse y arrollarse, causando una grande incomodidad: y ya que me encuentro en el país de Augusto Lafontaine, imitaré su genio, instruyendo á la última posteridad de lo que existía en mi tiempo en el cuarto de mi posada en Waldmunchen. Sepan, pues, mis nietos que ese cuarto era un cuarto á la italiana, paredes desnudas, estropajeadas de blanco, sin molduras ni colgaduras de ninguna especie, con una ancha faja de color por bajo, y tres filetes alrededor del techo; una cornisa pintada de rosetones azules con una guirnalda de hojas de laurel color de chocolate, y debajo de la cornisa, sobre la pared, follages de pintura encarnada sobre un fondo verde americano. De trecho en trecho algunos pequeños grabados franceses é ingleses en sus marcos: dos ventanas con colgaduras blancas de algodón; entre las dos ventanas un espejo; en medio del cuarto una mesa para doce cubiertos por lo menos, guarnecida con su hule pintado de rosas y diferentes flores: seis sillas con sus almohadones cubiertos con una tela encarnada á cuadros escoceses: una cómoda, tres capamés alrededor del cuarto: en un rincón junto á la puerta una estufa de loza barnizada de negro, cuyas caras presentaban en relieve las armas de Baviera, y encima de la cual había un recipiente en forma de corona. La puerta estaba provista de una máquina de hierro complicada capaz de cerrar las puertas de un calabozo y de burlar las ganzúas de los amantes y de los ladrones. Reveló á los viajeros el excelente cuarto en que escribí este inventario, que puede apostárselas al del avaro, y se lo recomiendo á los legitimistas futuros que pudieran ser detenidos por los herederos del macho cabrío montés de Haselbach. Esta página de mis *Memorias* dará placer á la escuela literaria moderna.

Después de haber contado á la luz de mi lamparilla los astrágalos de mi cuarto, y examinado los grabados de la *jóven milanese*, la *jóven helveciana*, la *jóven francesa*, el difunto rey de Baviera, la difunta reina de Baviera, que se parece á una mujer á quien conozco y cuyo nombre no puedo recordar, logré conciliar por algunos minutos el sueño.

Levantéme el 22 á las siete, y habiéndome quitado un baño lo que me quedaba de cansancio, me ocupé solo de mi aldea, como el capitán Cook de un islote descubierto por él en el Océano Pacífico.

Waldmunchen está situado sobre la pendiente de una colina, y se asemeja bastante á una aldea derruida de los Estados Romanos; algunas fachadas pintadas al fresco, un arco á la entrada y á la salida de la calle principal, punto de tiendas ostensibles, una fuente seca en la plaza, un empedrado detestable mezclado de lasas grandes y de pequeños guijarros, como el que se ve solo en Quimper-Corentin.

El pueblo, cuya apariencia es rústica, no viste traje particular. Las mujeres van con la cabeza al aire ó envuelta en un pañuelo, á la manera de las lecheras de Paris; sus vestidos son cortos y andan con las piernas y pies desnudos como los niños. Los hombres van vestidos, parte como los habitantes del pueblo de nuestras ciudades, y parte como nuestros antiguos aldeanos. A Dios gracias, solo llevan sombreros, y les son desconocidos los infames gorros de algodón de nuestros compatriotas.

Todos los días hay, *ut mos*, espectáculo en Waldmunchen, y yo asistí á presenciarlo. A las seis de la mañana un pastor anciano, alto y delgado recorre la aldea en diferentes paradas, y toca una trompa recta,

de seis piés de largo, que de lejos podría tomarse por una bocina ó un cayado de pastor. Primero despiden tres sonidos metálicos bastante armoniosos, y luego hace oír el aire precipitado de una especie de *galed* ó aire de los boyeros de Suiza, imitando los mugidos de los bueyes y los gruñidos de los cerdos. La tocata concluye con una nota sostenida y que sube hasta el falsete.

Súbitamente salen por todas las puertas vacas, becerros, terneros, toros, é invaden mugiendo la plaza de la aldea; suben ó bajan de todas las calles circunvecinas, y formados en columna toman el camino acostumbrado para ir á pacer. Sigue detrás caracoleando el escuadrón de puercos, que se asemejan á javalies, y van gruñendo. Los carneros y corderos, colocados á la cola, forman balando la tercera parte del concierto; los gansos componen la reserva, y en un cuarto de hora todo desaparece.

Por la tarde á las siete se oye de nuevo la trompa, y es señal de que vuelve el ganado. El órden de la tropa es distinto, los puercos forman la vanguardia, siempre con la misma música: algunos, á manera de exploradores, corren á la aventura ó se detienen en todas las esquinas: los carneros desfilan, las vacas con sus hijos, hijas y maridos cierran la marcha: los gansos van ondeando por los costados. Todos esos animales vuelven á sus techados, y ninguno se engaña de puerta; pero hay cosacos que van al merodeo, aturdidos que juegan y no quieren entrar, jóvenes toros que se obstinan en quedarse con una compañera que no es de su establo. Entonces vienen las mujeres y los niños con sus varas, y obligan á los descarriados á reunirse con los suyos y á los refractarios á someterse á la regla. Gozábame yo en aquel espectáculo, como en otro tiempo Enrique IV en Chaunay se divertía con el vaquero llamado Tou-le-Monde, que reunía sus ganados al son de la trompeta.

Hace bastantes años que estando en el palacio de Fervaques, en Normandía, en casa de Mad. de Custines, ocupaba yo la habitación de ese Enrique IV: mi cama era enorme: el bearnés habria dormido en ella con alguna Florette: gané allí el realismo, pues naturalmente no lo tenia. El palacio se halla rodeado de fosos llenos de agua. Las vistas de mi ventana se extendían sobre praderas que cruza el pequeño río de Fervaques. En aquellas praderas vi una mañana una elegante marrana, de extraordinaria blancura, que parecia ser la madre del príncipe cochinito. Hallábase echada al pié de un sauce sobre la fresca yerba, en el rocío: un joven berraco cogió un poco de musgo fino, y picado con sus colmillos de marfil fué á esparcirlo sobre la que dormía; por tantas veces renovó esta operacion, que la blanca marrana concluyó por quedar enteramente oculta: no se veían mas que unas patas negras que salían entre la capa de verde que le cubría.

Sea dicho esto en honor de un animal de mala fama del que me avergonzaria de haber hablado demasiado, si Homero no lo hubiese cantado. Echo de ver, en efecto, que esta parte de mis *Memorias* no es sino una Odisea. Waldmunchen es Itaca: el pastor es el fiel Eumeo con sus puercos: yo soy el hijo de Laertes, de vuelta de recorrer la tierra y los mares. Quizá hubiera hecho mejor en embriagarme con el néctar de Ebantheo, en comer la flor de la planta moli, en afeminarme en el país de los lotófagos, en permanecer en casa de Circe, ó en obedecer al cántico de las sirenas, que me decían: «Acécrate; ven con nosotras.»

22 de mayo de 1855.

Si tuviese veinte años, buscaría algunas aventuras en Waldmunchen como medio de abreviar las horas; pero á mi edad no tiene uno mas escala de seda que en recuerdo, ni escala paredes mas que con sombras. En

otro tiempo estaba yo muy unido con mi cuerpo, y le aconsejaba que viviese cuerdamente, á fin de que apareciese esbelto y robusto por unos cuarenta años. El se burlaba de los juramentos de mi alma; se obstinaba en divertirse, y no habria dado dos blancas por ser un solo día lo que sellama un *hombre bien conservado*.—«¡Vaya al diablo! decía: ¡qué he de ganar con escatimar de mi primavera las dulzuras de la vida cuando nadie querrá compartirlas conmigo!» Y se entregaba á los placeres hasta saciarse.

Me hallo, pues, obligado á tomarlo tal como se halla en la actualidad. El 22 le llevé á pasear al Sudeste de la aldea, y seguimos entre las canteras un arroyo que ponía en movimiento unas fábricas. En Waldmunchen se fabrican telas, cuyas piezas estaban extendidas sobre los prados; las muchachas encargadas de mojarlas corrían con los pies desnudos sobre las zonas blancas precedidas de los chorros de agua que brotaban de sus regaderas, como los jardineros riegan un cuadro de flores. A lo largo del arroyo iba yo pensando en mis amigos; me enternecía á su recuerdo, y me preguntaba luego qué dirían de mí en Paris:—«¿Habrá llegado? ¿Habrá visto á la familia real? ¿Volverá pronto?» Y reflexionaba si enviaria á Jacinto á buscar manteca fresca y pan moreno para comer berros á orillas de una fuente, bajo un grupo de chopos. Mi vida no tenia mas ambicion que esa. ¿Por qué la fortuna ha unido los faldones de mi ropilla con el paño del manto de los reyes?

Al volver á la aldea pasé junto á la iglesia: á la muralla hay unidos dos santuarios: el uno presenta á San Pedro Advíncula con un tronco para los presos, y eché en él unos cuantos *krentzer* en memoria de la prision de Pellico y de mi celda en la prefectura de policía. El otro santuario representa la escena del monte de las Olivas, escena tan tierna y sublime, que ni aun allí aparecía destruida por lo grotesco de los personajes.

Apresuré mi comida, y corrí á la oracion de la tarde, á que oía tocar. Al volver la esquina de la angosta calle de la iglesia, se me ofreció á la vista una perspectiva de colinas lejanas: un resto de claridad respiraba aun en el horizonte, y esa claridad moribunda venia del lado de Francia. Atravesóme el corazon un sentimiento profundo. ¿Cuándo acabará mi peregrinacion? Yo atravesé las tierras germánicas, bien miserable, cuando volvía del ejército de los príncipes, y en gran triunfo cuando me dirigía á Berlin, siendo embajador de Luis XVIII; después de tantos y tan diversos años, penetraba de oculto en el interior de esa misma Alemania para buscar al rey de Francia, desterrado de nuevo.

Entré en la iglesia, la cual estaba enteramente oscura; no habia siquiera en ella una lámpara encendida. A través de las tinieblas no podia reconocer el santuario bajo una bóveda gótica sino por su oscuridad mas densa. Las paredes, los altares, los pilares me parecían cargados de adornos y de cuadros llenos de molduras: la nave estaba ocupada por bancos juntos y paralelos.

Una mujer anciana rezaba en alta voz los *Padrenuestros* del rosario, y otras mujeres jóvenes y ancianas á quienes no veían contestaban las *Avemarias*. La anciana articulaba bien; su voz era clara; su acento grave y patético, y se hallaba dos bancos mas allá que yo: su cabeza se inclinaba lentamente en la sombra cada vez que pronunciaba la palabra *Cristo*, añadiendo alguna oracion al *Padrenuestro*. Al rosario siguió la letanía de la Virgen, y los *ora pro nobis* salmodiados en alemán por las invisibles devotas resonaban á mi oído como la palabra repetida: ¡*Esperanza, esperanza, esperanza!* Salimos de allí en tropel, y me fuí á acostar con la esperanza. Mucho tiempo hacia que no la habia estrechado en mis brazos, pero nunca envejece, y se la quiere siempre, á pesar de sus infidelidades.

Segun Tácito, los germanos creen la noche mas antigua que el día: *Nox ducere diem videtur*. Yo no obstante he contado noches jóvenes y días sempiternos. Los poetas nos dicen tambien que el sueño es hermano de la muerte; no lo sé, pero seguramente la vejez es su pariente mas cercana.

25 de mayo de 1855.

El 23 por la mañana mezcló el cielo algunas dulzuras á mis males: Bautista me notició que el hombre de mas consideracion en el pueblo, el cervecero, tenia tres hijas, y poseía mis obras, colocadas entre sus toneles. Cuando salí, el señor y dos hijas suyas me miraban pasar: ¿qué hacia la tercera hija? En otro tiempo vino á mis manos una carta del Perú, escrita de mano de una dama prima del sol, la cual admiraba á Atala; pero ser conocido en Waldmunchen, á las barbas mismas del lobo de Haselbach, era cosa mil veces mas gloriosa; verdad es que esto pasaba en Baviera, á una legua de Austria, ludibrio de mi fama. ¿Quiere saberse lo que habria sucedido si mi excursion á Bohemia hubiese sido emprendida por mí solo? (¿Pero que hubiera ido á hacer por mí solo en Bohemia?) Detenido en la frontera, habria vuelto á Paris. Un hombre habia pensado hacer un viaje á Pekin: vió un amigo suyo en el puente real en Paris, y le dice:—«¿Cómo es eso? Yo os creía en la China.— He vuelto: esos chinos me han puesto dificultades en Canton, y los dejé plantados allí.»

Conforme estaba Bautista refiriéndome mis triunfos, el clamoreo de un entierro me hizo asomar á la ventana. Pasa el cura precedido de la cruz, y afluyen hombres y mujeres, aquellos con capas y estas con vestidos y tocas negras. El cuerpo, sacado á tres puertas de la mia, fue conducido al cementerio: media hora después volvieron los acompañantes sin el acompañado. Dos muchachas tenían sus pañuelos sobre los ojos, y una de ellas lanzaba gritos: ambas lloraban á su padre: el difunto era el que recibió el Viático el día de mi llegada.

Si mis *Memorias* llegan á Waldmunchen, cuando yo mismo haya dejado de existir, la familia hoy de luto hallará en ellas la fecha de su dolor pasado. Quizá el agonizante haya oído desde el fondo de su lecho el ruido de mi carruaje: este es el único rumor que habrá llegado de mí á sus oídos en la tierra.

Dispersada la multitud, tomé el camino que habia visto seguir al convoy en la direccion del Levante de invierno. Hallé primero una laguna de agua estancada, á cuya orilla corría rápidamente un arroyo como la vida á orillas de la tumba. Las cruces á la vuelta de un montecillo me indicaron el cementerio. Subí un camino practicado en una hondonada, y la brecha de una pared me introdujo en el santo recinto.

Surcos de arcilla representaban los cuerpos sobre la tierra: en diferentes puntos se elevaban cruces que marcaban los boquetes por donde los viajeros habian entrado en el nuevo mundo, como las boyas indican en la embocadura de un río los pasos abiertos á los barcos. Un pobre anciano cavaba la sepultura de un niño; todo sudoroso y con la cabeza descubierta, no cantaba ni bromeaba, á semejanza de los *clowns* de Hamlet. Mas lejos habia otra fosa, junto á la cual se veía un banquillo, una palanca y una cuerda para descender á la eternidad.

Fuí directamente á aquella fosa, que parecia decirme: «¡Mira una buena ocasion!» En el fondo del hoyo yacia el reciente ataud cubierto de una poca de tierra, aguardando la demás. Una pieza de lienzo blanqueaba sobre el césped: los muertos tenían cuidado de su sudario.

El cristiano alejado de su país tiene siempre el medio de transportarse á él súbitamente, visitando alre-

dedor de las iglesias el último asilo del hombre: el cementerio es el campo de familia y la religión la patria universal.

Eran las doce del día cuando volví: según todo cálculo, el propio no podía estar de vuelta antes de las tres; pero con todo, cada pisada de caballo me hacía asomarme á la ventana: conforme se iba acercando la hora, me convencía de que no llegaría el permiso.

Para devorar el tiempo pedí la cuenta de mi gasto, y me puse á contar las gallinas que había comido; otros más ilustres que yo no han desdenado ese cuidado. Enrique Tudor, séptimo de este nombre, en quien terminaron las discordias de la Rosa blanca y de la Rosa encarnada, como voy yo á unir la escarapela tricolor, Enrique VII fue anotando página por página un cuaderno de cuentas que yo he visto: «A una mujer, por tres manzanas, doce sueldos; por haber descubierto tres liebres, seis chelines y ocho sueldos; á Bernardo, el poeta ciego, cien chelines (era mejor que Homero); á un hombre pequeño (*little man*), en Shafstesbury, veinte chelines.» Muchos hombres pequeños tenemos hoy, pero cuentan más de veinte chelines.

A las tres, hora en que el propio podía ya estar de vuelta, fui con Jacinto al camino de Haselbach. Hacía viento, y el cielo estaba sembrado de nubes que pasaban por delante del sol, arrojando su sombra á los campos y á las arboledas. Ibamos precedidos de un rebaño de la aldea, que levantaba en su marcha el noble polvo del ejército del duque de Quirocia, tan valerosamente combatido por el hidalgo de la Mancha. En lo alto de una de las cuestas del camino se elevaba un calvario, desde el cual se descubría una larga faja de la calzada. Sentado en un barranco, preguntaba á Jacinto: «Hermana Ana, ¿no ves venir nada?» Algunos carruajillos de aldea, vistos á lo lejos, nos hacían latir el corazón; al acercarse aparecían vacíos, como todo cuanto lleva ensueños. Tuve que volverme á casa, y comí bien tristemente. Todavía quedaba una tabla después del naufragio; á las seis debía pasar la diligencia: ¿y no podía esta traer la respuesta del gobernador? Dan las seis, y la diligencia no llega. A las seis y cuarto entra Bautista en mi habitación: «Acaba de llegar de Praga el correo ordinario, y nada trae para vos.» Extinguióse el último rayo de esperanza.

CARTA DEL CONDE DE CHOTEK.—LA ALDEANA.—SALIDA DE WALDMUNCHEN.—ADUANA AUSTRIACA.—ENTRADA EN BOHEMIA.—MONTE DE PINOS.—CONVERSACION CON LA LUNA.—PILSEN.—GRANDES CAMINOS DEL NORTE.—VISTA DE PRAGA.

Apenas había salido Bautista de mi cuarto, se presentó Schwartz agitando en el aire una carta con un gran sello, y gritando: «Aquí está la respuesta.» Cojo el despacho, rompo el sello, y veo que aquel contenía, con una carta del gobernador, el permiso y un billete de Mr. de Blacas. La carta del conde de Chotek decía así:

Praga 25 de mayo de 1855.

«Señor vizconde: Siento mucho que á vuestra entrada en Bohemia hayais experimentado dificultades y retrasos en vuestro viaje. Pero atendiendo á las órdenes severas que hay en nuestras fronteras para todos los viajeros que vienen de Francia, órdenes que hallareis vos mismo muy naturales, en las circunstancias presentes, no puede menos de aprobar la conducta del gefe de la aduana de Haselbach. A pesar de la celebridad europea de vuestro nombre, tendreis á bien disculpar á ese empleado, que no tiene el honor de co-

nocerlos personalmente, si ha concebido dudas sobre la identidad de la persona, con tanto más motivo, cuanto que vuestro pasaporte no estaba visado más que para Lombardía y no para todos los Estados austríacos. En cuanto á vuestro proyecto de viaje á Viena, escribo hoy sobre el particular al príncipe de Metternich, y me apresuraré á comunicaros su respuesta cuando llegéis á Praga.

Tengo el honor de enviaros adjunta la respuesta del duque de Blacas, y os ruego tengais á bien recibir las seguridades de la alta consideración con que tengo el honor de ser

«EL CONDE DE CHOTEK.»

Esta respuesta era cortés y digna: el gobernador no podía abandonarme la autoridad inferior, que en último resultado no había hecho más que su deber. Yo mismo había previsto en París las objeciones de que podría ser objeto mi antiguo pasaporte. En cuanto á Viena, había hablado de ella con un objeto político, á fin de tranquilizar al conde de Chotek y demostrarle que no huía del príncipe de Metternich.

El jueves 24, á las ocho de la noche, subí al carruaje. ¿Quién lo había de creer? Dejé á Waldmunchen con cierta especie de pesar. Habíame acostumbrado ya á mis patrones y estos á mí; conocía todos los semblantes en las ventanas y en las puertas: cuando me paseaba me recibían con aire de benevolencia. La vecindad acudió á ver rodar mi carruaje, desquiciado

como la monarquía de Hugo Capeto. Los hombres se

quitaban sus sombreros; las mujeres me hacían una pequeña señal de congratulación. Mi aventura era objeto de las conversaciones de la aldea, y todos tomaban mi partido: los bávaros y los austríacos se detestan: los primeros estaban orgullosos de haberme dejado pasar.

Varias veces había yo visto en el umbral de su casa á una joven waldmunchana, de rostro á manera de las primeras vírgenes de Rafael: su padre, aldeano de honrado continente, me saludaba hasta el suelo con su sombrero de alas anchas, y me hacía en alemán un saludo, que yo le devolvía cordialmente en francés: su hija, colocada detrás de él, se ruborizaba mirándome por encima del hombro del anciano. Volví á hallar á mi virgen; pero estaba sola. Hiciele un ademán de despedida, y ella permaneció inmóvil, como admirada. Yo quería creer que no pensaba en no sé qué vago pesar, y la dejé como una flor silvestre encontrada en un foso á orillas de un camino, y que ha embalsamado el paso. Atravesé los rebaños de Eumeo, y este se descubrió la cabeza, encanecida en el servicio de los carneros. Había terminado su día, y regresaba para dormir con sus ovejas, mientras que Ulises iba á continuar sus destinos.

Habíame yo dicho antes de recibir el permiso: «Si lo obtengo, confundiré á mi perseguidor.» Cuando llegué á Haselbach me sucedió, como á Jorge Dandin, que mi maldita bondad volvió á levantar su cabeza: no tengo corazón para el triunfo. Como un verdadero cobarde me hundi en el rincón de mi carruaje, y Schwartz presentó la orden del gobernador: habría yo sufrido mucho con la confusión del aduanero. El por su parte no se presentó, ni aun hizo siquiera registrar mi equipaje. ¡Quédese en paz! ¡Perdóneme las injurias que le he dicho, y que por un resto de rencor no borraré de mis *Memorias*!

Al salir de Baviera por este lado, sirve de pórtico á Bohemia un oscuro y vasto monte de abetos. Vagaban vapores en las arboledas; declinaba el día, y el cielo al Oeste presentaba un color de flor de melocotonero: los horizontes bajaban hasta tocar casi la tierra. Falta la luz en aquella latitud, y con la luz la vida: todo está apagado, frío, pálido: parece que el invierno encarga al verano que le guarde

la escarcha hasta su próxima vuelta. Un pequeño trozo de luna que se veía brillar me causó placer; no estaba perdido todo, puesto que hallaba un rostro conocido. Este parecía decirme: «¿Tú aquí? ¡Recuerdas las ternezas que me decías cuando eras joven? Ciertamente que no hablabas mal de mí. ¿De qué proviene ahora tu silencio? ¿A dónde vas solo y tan tarde? ¿Con que nunca cesas de emprender de nuevo tu carrera?»

¡Oh luna! tienes razón; pero si hablaba bien de tus encantos, tú sabes los servicios que me prestabas: tú iluminabas mis pasos cuando me paseaba con mi fantasma de amor. ¡Hoy mi cabeza está plateada, á semejanza de tu rostro, y te extrañas de hallarme solitario, y me desdenas! Y sin embargo, he pasado noches enteras envuelto en tus velos. Te atreverás á negar nuestras citas en los céspedes y á lo largo de los mares? ¡Cuántas veces miraste mis ojos fijos en los tuyos! Astro ingrato y burlon, ¿me preguntas á dónde voy tan tarde? Es una dureza echarme en cara la continuación de mis viajes. ¡Ay! Si camino tanto como tú, no me rejuvenezco á semejanza tuya, que vuelves á entrar á cada mes bajo el círculo brillante de tu cuna. Yo no cuento lunas nuevas; mi descuento no tiene otro término que mi completa desaparición, y cuando quede extinguido, no volveré á encender mi antorcha como enciendes tú la tuya.

Caminé toda la noche, atravesando á Teinitz Stankau y Staab. El 25 por la mañana pasé por Pilsen, el

no me quedaba más que esperar el momento. Sobre la ciudad pesa ese aire de tristeza que reina en este país. En Pilsen esperó Wallenstein coger un cetro; también estaba yo allí en busca de una corona; pero no para mí. El campo está cortado y sembrado de eminencias, llanuras montañas de Bohemia, pechos cuyo extremo se halla marcado por pinos, y cuyo contorno se halla delineado el verdor de los sembrados. Las aldeas son escasas. Algunas fortalezas hambrientas de prisioneros se encaraman sobre las rocas como los viejos buitres. De Zditz á Beraun, los montes á la derecha aparecen calvos: se cruza una aldea, los caminos son espaciosos, y las postas están bien montadas: todo anuncia una monarquía que imita á la antigua Francia.

Juan el ciego, en tiempo de Felipe de Valois, y los embajadores de Jorge, en el de Luis XI; ¿por qué veredas pasaron? ¿A qué vienen los caminos modernos de Alemania? Permanecerán desiertos, porque ni la historia, ni las artes, ni el clima llaman á los extranjeros á su calzada solitaria. Para el comercio es inútil que los caminos públicos sean tan anchos y tan costoso de sostener el tráfico más rico de la tierra; el de India y Persia se verifica á lomo de mulas, asnos y caballos y por estrechos senderos apenas trazados al través de las cadenas de montañas ó de las zonas de arena. Los grandes caminos actuales en países poco frecuentados solo servirán para la guerra, voluntarios al servicio de nuevos bárbaros, que saliendo del Norte con el inmenso tren de armas de fuego vendrán á inundar regiones favorecidas por la inteligencia y el sol.

Por Beraun pasó el pequeño río del mismo nombre, bastante maligno, como todos los gozquecillos. En 1784 llegó al nivel trazado sobre las paredes de la casa de correos. Pasado Beraun se encuentran algunas colinas, rodeadas de gargantas que se escotan á la entrada de una llanura. Desde esa llanura entra el camino en un valle de líneas vagas, cuyo regazo ocupa una aldea. Allí toma origen una larga cuesta que conduce á Duschnick, última parada de postas. Muy luego, bajando hacia un promontorio opuesto, en cuya cima se eleva una cruz, se descubre á Praga en las dos orillas del Moldava. En esta ciudad es donde los hijos primogénitos de San Luis concluyen una vida de des-

tierra; donde el heredero de su raza principia una vida de proscripción, mientras que su madre languidece en una fortaleza sobre el suelo de donde fue expulsada. ¡Franceses, la hija de Luis XVI y de María Antonieta, aquella á quien vuestros padres abrieron las puertas del Temple, la habeis enviado á Praga, no habiendo querido conservar entre vosotros este monumento único de grandeza y de virtud! ¡Ah mi anciano rey! ¡Vos, á quien me complazco porque estais caído, en llamar mi señor! ¡Oh, joven infante, á quien yo el primero he proclamado rey! ¿Qué voy á decir? ¡Cómo me atreveré á presentarme ante vosotros, yo, que no estoy desterrado y me hallo en libertad de volver á Francia, de exalar mi último suspiro en la atmósfera que inflamó mi pecho cuando respiré por la vez primera; yo, cuyos huesos pueden descansar sobre la tierra natal! ¡Cautiva de Blaye, voy á ver á vuestro hijo!

PALACIO DE LOS REYES DE BOHEMIA.—PRIMERA ENTREVISTA CON CARLOS X.

Praga 24 de mayo de 1855.

Entré en Praga el 24 de mayo á las siete de la tarde, y me apeé en la fonda de los Baños, en la ciudad antigua construida sobre la orilla izquierda del Moldava. Escribí un billete al duque de Blacas para avisarle mi llegada, y recibí la respuesta si- guiente:

«Si no estais muy cansado, señor vizconde, tendrá el rey sumo placer en recibirnos esta misma noche á las diez menos cuarto; pero si deseais descansar S. M. os vería con gran satisfacción mañana por la mañana á las once y media.

»Recibid, os ruego, mis más solícitos afectos.
»Viernes 24 de mayo á las siete.

«BLACAS DE AULPS.»

No creí deberme aprovechar de la alternativa que se me presentaba; á las nueve y media de la noche me puse en camino, acompañado por un hombre de la fonda, que sabía algunas palabras de francés. Subí calles silenciosas, sombrías y sin faroles hasta el pie de la elevada colina que corona el inmenso palacio de los reyes de Bohemia. El edificio destacaba su negra mole sobre el cielo: ninguna luz salía de sus ventanas, y advertíase allí algo de la soledad, del aspecto y de la grandeza del Vaticano, ó del templo de Jerusalem, visto desde el valle de Josafat. No se oía más que el ruido de mis pasos y el de los de mi guía, viéndome obligado á detenerme por intervalos en las plataformas del empedrado escalonado, pues tan pendiente era la cuesta.

A medida que subía iba descubriendo la ciudad por bajo. Los encadenamientos de la historia, la suerte de los hombres, la destrucción de los imperios, los designios de la Providencia, se presentaban á mi memoria, identificándose con los recuerdos de mi propio destino: después de haber explorado ruinas muertas, me veía llamado á presenciar ruinas vivas.

Luego que llegamos á la esplanada sobre que está construido Hradschin, atravesamos un puesto de infantería, cuyo cuerpo de guardia estaba vecino al postigo exterior. Penetramos por este en un patio cuadrado rodeado de edificios uniformes y desiertos. Enfilamos por la derecha, en el piso bajo, un largo corredor, iluminado de trecho en trecho por faroles de vidrio colgados en la pared, como en un cuártel ó en un convento. Al final de aquel corredor arrancaba una escalera, al pie de la cual se paseaban dos centinelas. Al subir el segundo piso encontré á Mr. Blacas de que bajaba. Entré con él en las habitaciones de Carlos X, endonde había también dos granaderos